

# **ÉL ESPÍRITU SANTO CONVENCERÁ AL MUNDO DE PECADO.**

Apóstol Marvin Véliz

San Salvador, 11 de Septiembre de 2016.-

***Juan 16:7 “Pero yo os digo la verdad: os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros; pero si me voy, os lo enviaré. v:8 Y cuando El venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio; v:9 de pecado, porque no creen en mí; v:10 de justicia, porque yo voy al Padre y no me veréis más; v:11 y de juicio, porque el príncipe de este mundo ha sido juzgado”.***

Estos versículos han sido mal interpretados por muchos predicadores, y por ende, por una gran parte de la cristiandad. Lo que hoy entiende la mayoría al leer estos versos es que el Espíritu Santo va a venir a redargüir de todos sus pecados a los que aun “no creen en la obra salvadora del Señor Jesús”, pero esto dista del sentido correcto con el que debemos entender el pasaje. El Señor quiso decir algo más profundo.

En realidad no se trata solamente de la obra que el Espíritu Santo iba a hacer con los que no le conocen, pues, para empezar no dice que Él convencería al mundo de “sus pecados” (u obras pecaminosas), sino que convencería al mundo de “pecado”. La diferencia está que el Señor usó el término “pecado” (en singular), pero nosotros hemos deducido que Él dijo: “los pecados” (en plural). Alguien podrá decirme que no hay una diferencia trascendental en entender si se refiere a “pecados” o “pecado”. Permítame decirle que sí hay una gran diferencia, porque en el Nuevo Testamento, cada vez que se habla de “los pecados”, se refieren a las obras pecaminosas que cada uno de nosotros hacemos, mientras que cuando se usa el término “pecado” (en singular) se hace referencia a la condición en la que nos encontramos todos los seres humanos, desde que caímos en Adán.

El pecado de Adán fue un asunto trascendental, nos afectó en gran manera a todos. El pecado de Adán convirtió el paraíso en un mundo caótico, en un infierno. El mundo decadente, violento, y corrupto que vivimos hoy es el resultado del pecado de Adán. A esto se refirió el Señor al decir que el Espíritu Santo iba a convencer al “mundo de pecado”. La obra que ha de llevar a cabo el Espíritu Santo no es a causa de “los pecados” de los hombres, y aunque sí los tenemos, y sí el Señor los ha de juzgar, ese pasaje no está hablando de eso.

Lo que el Señor nos quiso enseñar en estos versos, es lo que el pasaje dice claramente: “Él vendría a convencernos en cuanto "al pecado". No es lo mismo que el Señor nos muestre “nuestros pecados”, a que Él nos muestre “nuestro pecado”. Cuando el Señor nos muestra “el pecado” lo que nos hace ver es nuestro ser caído, no nuestras malas obras. Imaginemos a una persona que la esclavitud al alcohol lo está hundiendo cada vez más, su esposa ya no lo soporta, sus hijos están padeciendo hambre porque él se gasta todo en su vicio, perdió su trabajo, su salud se está deteriorando, en fin, su vida se está convirtiendo en una miseria, cada día va de mal en peor. En eso, alguien se le acerca, le presenta el Evangelio, y él en su desesperación acepta a Cristo como Su Salvador. Él se entrega de corazón, y le pide al Señor que lo restaure de su borrachera. Milagrosamente, a los dos días él está en su juicio cabal, completamente sobrio. Al ver el milagro, todos los hermanos lo presentan en la Iglesia, él cuenta su testimonio, y todos se ponen muy contentos porque el hermano ya no es un alcohólico. ¡Que bueno que el hermano aceptó a Cristo!, sólo que hay un gran problema aún, y es que la vida del hermano no ha sido trabajada para dejar de vivir una vida centralizada en sí mismo.

Quiero explicar con el mismo ejemplo lo que significa “una vida centralizada en sí mismo”. El hermano ex-alcohólico ahora ya está asistiendo a la Iglesia, empieza a ser considerado como un miembro activo, pasan unos meses y le dan privilegios, y al año ya está siendo considerado como un predicador. Cualquiera puede decir: ¡Qué milagroso lo que Dios ha hecho en este hombre!, sí, Dios lo ha prosperado, pero el Espíritu Santo aún no ha hecho la obra de convencerlo de pecado.

Cuando este hombre se convirtió al Señor vio “sus pecados”, no “su pecado”. Este hombre estaba desesperado por su borrachera, seguramente le dijo al Señor: ¡Oh, Dios, ayúdame, no soporto esta borrachera, he perdido mi familia, mi trabajo y mi salud, ya no soporto seguir así! Luego, al año de haber aceptado a Cristo, él ya se ha convertido en otra persona, y hasta predica. Este hombre se arrepintió de “sus pecados” ya no es un alcohólico, es responsable en su casa, es un hombre de bien, ¡sí! pero con un gran conflicto: Sigue viviendo para sí mismo. Hace algunos días era un borracho que vivía para sí mismo, ahora es un creyente que vive para sí mismo. ¿Qué ganó Dios en todo esto?, ¿Ganó algo Dios teniendo un borracho menos en el mundo?, ¿Ganó Dios con un hombre irresponsable menos? A la luz de La Escritura, prácticamente Dios no ha ganado nada, quien ganó fue el hermano. Este hermano hizo del Evangelio un beneficio propio, todo está centralizado en su persona. En realidad, para Dios el hermano viene a ser una piedra en el zapato porque se vuelve un ejemplo a seguir para otros. El hermano empieza a predicarle a otras personas que vengan a Cristo porque Él le quitó su vicio, y ahora vive una vida bendecida. Con su testimonio el hermano tergiversa el Evangelio, pues, le hace creer a las personas que el Evangelio es para obtener beneficios personales. El hermano no tiene ninguna visión para ver más allá de sus intereses personales, él quiere vivir en el Evangelio porque ha encontrado beneficios para sí mismo, tiene paz, gozo, templanza, palabra, fe y todas las virtudes divinas posibles que significan para él un beneficio propio. Ese hombre antes era un pecador egocéntrico, y ahora es un creyente "re-egocéntrico". Dios amó al mundo, Él ama al pecador, por eso el hermano estando en su condición de borracho encontró a Jesús como Su Salvador, pero para Dios, ese hombre aunque ya es salvo, es poco útil porque sigue viviendo para sí mismo.

Alguien me dirá: “hermano, pero ¿Acaso no le es útil a Dios el ex-drogadicto que se pone de pie en una campaña para hablar acerca de cómo Dios lo libertó de su adicción?, pues, si pensamos según la óptica de Dios, y aunque pensemos que es herejía, a Él no le sirven los “ex-drogadictos”. ¿Quién nos ha dicho que a Dios le sirven las ex-prostitutas, o los ex-borrachos, o los ex-ladrones? El Evangelio que nos predicaron nos enseñó a servirnos de Dios, pero no a servirle a Dios. Al ex-borracho le sirve el Evangelio y por eso persevera en ese pseudo-evangelio. Por naturaleza somos muy egocéntricos, tanto antes que vivíamos sin Cristo, como ahora que ya le conocemos. Yo digo que a Dios no le sirve un ex-borracho porque a quien le sirvió el Evangelio fue a ese egocéntrico hombre cuando era un borracho. Ahora que ya vino a Cristo, el ex-borracho sigue siendo un egocéntrico que se sigue sirviendo del Evangelio. Él ex-borracho viene a Cristo y se beneficia del amor de los hermanos, se beneficia de los guías que le ayudan a recuperar su matrimonio, se sirve de las oraciones de los hermanos, y en su mente se acomoda a vivir obteniendo los múltiples beneficios de Evangelio. Muchos creen que es normal beneficiarse del Evangelio, y que esa es la razón por la cual deben seguir al Señor.

Normalmente cuando venimos a Cristo nos dicen: “Hay gozo en los cielos cuando un pecador se arrepiente”, y sí, es cierto (lo dice Lucas 15:7), sólo que la obra que el Espíritu Santo quiere hacer en nuestras vidas va más allá de la salvación eterna. Dios quiere vivir en nosotros, Él quiere que no vivamos para nosotros mismos, sino para Él. Hay un gran problema cuando nos acostumbramos a vivir en un Evangelio que nos ha enseñado a beneficiarnos de Dios, que el Espíritu Santo se ve limitado para obrar en nosotros. Debido al Evangelio tergiversado que hemos recibido a través de una predicación “leudada”, el Espíritu Santo se ve escaso en nosotros, no tiene cabida en nuestro corazón, está restringido. Debido a este Evangelio tergiversado, el hermano ex-borracho sigue viviendo para sí, más no sabe que hay algo más grande y glorioso que Dios le ha preparado. De igual manera, el hermano ex-borracho no puede ver que aún peor que su borrachera y sus demás “pecados”, es “su pecado”.

El Espíritu Santo quiere hacer una obra tal en la vida del pecador, no sólo haciéndole ver su condición, sino convenciéndole que debe salirse de sí mismo, es decir, que ya no viva para sí. Convencer al mundo de pecado es la obra que hace el Espíritu Santo para mostrarnos el “pecado” de la caída de Adán. El Espíritu viene a trabajar esta área en nosotros, y cuando eso sucede, nos vemos conmovidos no por nuestra condición y nuestra percepción de los pecados, sino por la manera en la que Dios ve las cosas. Ser convencidos de “pecado” es poder contemplar a un Dios que ve conflictos en el mundo, pero que quiere repararlos.

La gran tarea del Espíritu Santo es “descentralizar” al hombre de sí mismo. El mayor conflicto que nosotros tenemos no son nuestros pecados, no es la envidia, ni la inmoralidad, ni las demás obras pecaminosas, sino nuestra naturaleza egocéntrica. Dios quiere restaurarnos de los pecados, pero más que eso, quiere que veamos que no podemos seguir viviendo nuestra vida. La obra que el Espíritu Santo desea realizar es que ya no vivamos para nosotros, es que nos olvidemos de nuestra vida individualizada, es que ahora vivamos buscando primeramente el Reino de Dios. Lo que Dios necesita hoy en día no son ex-borrachos, ni ex-ladrones, ni ex-prostitutas, porque de eso están llenas las Iglesias, lo que Él necesita son creyentes que quiten su mirada de sí mismos y vean conforme al corazón de Dios.

**Dice 2 Corintios 5:15 “y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos”.**

Cuando leemos que el Señor murió por todos, nuestra mente rápidamente se conecta con pensamientos tales como: “¡Sí! Él murió para perdonar mis pecados, Él murió para que yo sea libre, Él murió para que pueda ir al cielo, etc”. ¿Nota cuán egocéntricos somos? Sólo vemos los beneficios que el Evangelio para nosotros. El pasaje dice que el Señor murió para que no ya vivamos para nosotros mismos, sino para que vivamos para Él. El apóstol Pablo le da un golpe a la doctrina egocéntrica que ahora se predica. La obra del Espíritu es que los que viven, ya no vivan para sí. El error más grande del Evangelio hoy en día no son las doctrinas, pues, hasta el apóstol Pablo decía que él miraba por espejo; esto quiere decir que no estamos obligados a tener toda la verdad. El error más grande de nuestro evangelio es que no nos han enseñado a vivir para Dios, sino que habiéndole conocido, aun seguimos viviendo para nosotros mismos.

Recuerdo que hace muchos años yo viajé a Guatemala, y cuando saqué mi computadora me percaté que la batería ya no tenía carga, y lo peor era que el cargador de corriente lo había dejado olvidado en El Salvador. En resumidas cuentas, en ese viaje hice de caso que no tenía computadora, pues, aunque la tenía no la podía usar. Más o menos eso es lo que le pasa a Dios con los creyentes, aunque hay miles de salvos, no puede usar a la mayoría porque casi nadie quiere dejar de vivir para sí. Tan errado está el Evangelio que hasta en los cantos evidenciamos nuestro egocentrismo. Hay un coro tradicional que dice: *“Las promesas del Señor mías son, las promesas del Señor mías son, en la Biblia yo las leo y yo sé que es la Verdad, las promesas del Señor mías son”*. ¿Se da cuenta de la actitud cristiana? El Evangelio tiene sentido si obtenemos de Dios un beneficio, de lo contrario, no hay ninguna motivación para perseverar.

Esta obra del Espíritu Santo no es sólo para los que ya tienen muchos años de estar en Cristo, sino para todos los que Él quiere alcanzar. Esta obra del Espíritu Santo comienza desde antes de que vengamos a Cristo, el Señor Jesús dijo que Él vendría y convencería al mundo, lo que pasa es que nuestro Evangelio está tergiversado.

En una ocasión una hermana estaba evangelizando a una persona en la calle, y empezó a decirle que el Señor Jesús podía darle felicidad, la persona le respondió muy sinceramente que era feliz. Al escuchar la respuesta, la hermana cambió de temática y le dijo: “El Señor puede libertarla”, y la señora le pregunta: ¿De qué me va a libertar?, le dice la hermana: “De los vicios”, y la señora le contesta nuevamente: “No tengo vicios”... y así cada cosa que la hermana le propuso, la señora le contestaba que estaba bien. Esta persona contestó todas las preguntas con mucha honestidad, pero nada de lo que le dijo la hermana la hizo ver su necesidad de aceptar a Cristo. Al ver la hermana la posición de aquella mujer, se sintió frustrada y mejor se despidió de la señora. A esto me refiero cuando digo que el Evangelio que conocimos está tergiversado, porque lo aceptamos si nos conviene, lo aceptamos si nos causa algún beneficio, pero si en nada satisface nuestro “yo”, lo rechazamos.

Hermanos, el Espíritu Santo comienza a trabajar en nosotros aun antes de aceptarlo como nuestro Salvador, pero a estas alturas, el Evangelio que conocemos está tan plagado de egocentrismo, que Él se ve enconflictado para convencer al mundo de pecado. A raíz de esta actitud humana han surgido miles de denominaciones “evangélicas”, y el fin de cada una es tratar

de llenar el “ego” de las personas. Hoy en día hay muchas almas convertidas a Cristo, hay muchos salvos, pero en muy pocos el Espíritu Santo ha podido hacer Su Obra. Muy pocos creyentes se han dejado trabajar por el Espíritu Santo al punto de que ya no vivan para sí mismos. Lo normal en el Evangelio debería ser que toda persona que se convierte al Evangelio, debería asistir a las reuniones de la Iglesia para dar, sin embargo, hoy en día las iglesias están abarrotadas de personas que quieren recibir algo de Dios. Nos enseñaron a demandar amor, esperamos que los demás nos amen, pero nosotros no somos capaces de amar. Casi nadie está dispuesto a servir para llegar a ser ejemplo a los demás, sino que todos demandan ser servidos. Se nos olvidan las palabras del Señor que el más grande en el Reino es el que sirve a sus hermanos.

Yo le invito a que viva una vida descentralizada de usted mismo; si así hace, usted podrá encontrar la verdadera ruta del Evangelio. El apóstol Pablo dice en *2 Corintios 5:16* **“De manera que nosotros de ahora en adelante ya no conocemos a nadie según la carne; aunque hemos conocido a Cristo según la carne, sin embargo, ahora ya no le conocemos así. v: 17 De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí, son hechas nuevas”**.

El v:16 nos dan a entender que cuando nosotros estamos descentralizados, dejamos de conocer a los demás según nuestros gustos carnales, sino conocemos a los hermanos por el Espíritu. Luego el v:17 dice que “las cosas viejas pasaron”, según el contexto, eso se refiere a la manera egocéntrica en la que antes vivíamos. Si ya somos nuevas criaturas, debemos de dejar de vivir para nosotros mismos, debemos vivir descentralizadamente. Muchas veces este verso es mal entendido por muchos, pues, creen que las cosas viejas son sus pecados de inmoralidad en los que vivieron cuando no conocían al Señor. En realidad Pablo está haciendo referencia al sistema antiguo en el sentido de que antes vivíamos para nosotros mismos, pero que ahora en el Evangelio ya no vivimos así.

Hermano querido, usted aun no ha saboreado el Evangelio porque no vive según el sistema Nuevo de Vida en Cristo. En realidad el Evangelio lo gozamos a plenitud cuando nos perdemos a nosotros mismos. Aborrezcamos vivir para nosotros mismos, eso es tan feo como ver una pareja de enamorados, ellos son tan egocéntricos que creen que no hay nada más importante en la vida que su romance, creen que los únicos felices en el mundo son ellos, que los que más se aman en la vida son ellos, ¡Qué actitud más horrible, Dios nos libre de vivir egocéntricamente!

¿A quién le interesa todo lo que debe existir para que exista una Iglesia Local? ¿A quién le interesa el tiempo, el dinero, la atención, y demás cosas necesarias para tener vida de Iglesia? Muchos creen que las cosas de Dios se dan por arte de magia, viven tan enclaustrados en sí mismos que no se percatan que el Reino de Dios requiere de servidores. Bajo este punto de vista, le vuelvo a decir: A Dios no le sirven los salvos, le sirven los creyentes descentralizados de sí mismos. Los salvos buscan ser servidos, los creyentes descentralizados viven para servir a los demás, y por ende, lo hacen para Dios. El Señor nos dijo que oráramos así: **“...Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra” (Mateo 6:10)**. No pueden surgir dos voluntades en la tierra, o se hace nuestra voluntad, o se hace la de Dios, sólo una quedará de pie. Si ya no vivimos para nosotros mismos, seguramente, se hará la voluntad de Dios.

¡Amén!